

## Armando Uribe Arce: "Léautaud y el Otro"

Hacia tiempo que no nos traía un libro tan alegre sorpresa como este "Léautaud y el otro", de que es autor Armando Uribe Arce y que publica en su colección El Espejo de Papel el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile. La sorpresa es grande. Nos encontramos ante un género literario que de pronto—serio como es acostumbradamente—recurre a la más extraordinaria cabriola para zafarse de las normas que lo sujetaban y entregarse al libre impulso, a la satisfacción de ser distinto, dueño de su voluntad, que quiere nuevos caminos para cruzar la vida.

En un mundo en crisis, es de esperar que la literatura también lo esté. Algunos no quieren aceptarlo cuando la novela, el teatro, la poesía se alejan de sus formas tradicionales y buscan un nuevo estilo de vida. Enfurruñados, creen que la literatura ha muerto. Entretanto, los clasificadores se entretienen forjando denominaciones nuevas, y así es como se empieza a hablar de la antinovela, del antiteatro, de la antipoesía, nombres que pinchan el hígado de quienes se hallaban satisfechos con la literatura mansa, ajena a toda rebelión, atada a las tradiciones que parecían inamovibles.

No faltarán quienes digan: "Léautaud y el otro" es un antiensayo. Nada pierde ni gana el sabroso libro con tal encasillamiento. Está por encima de los intentos de retenerle para bautizarle como a moro indócil. Brinca, se muestra gozoso de entrar en sociedad, abrir repentinamente unas ventanas, sentir cómo silva el viento renovador, y alejarse luego de todos para ensayar pasos de baile aéreos, agilísimos.

En realidad, de los demás ensayos que aquí y en otras partes se publican (los que conocemos, al menos), se aleja éste con paso jubiloso decidido a ser exactamente como desea: imaginativo, irrespetuoso de mandatos ajenos, gozador de la libertad de que se adueña, un juego en que tema y autor se persiguen, se esconden, se encuentran, y con algazara inteligente descubren que se han propuesto una misión y que deben cumplirla. Un juego recatamente jugado, sin trampas, es siempre serio y digno. De aquí que el humor, la alegría, el ingenio de "Léautaud y el otro" tengan la seria dignidad de una misión que corresponde a todo buen ensayo: poner luz en el embrollo de un tema determinado.

Dos enredos principales se

propone despejar el autor: la presencia de Paul Léautaud en la vida y en sus libros; y la figura del ensayista, que en la aventura de correr tras un fantasma literario aparece y desaparece por los campos del ensayo, satisfecho de perderse pecho adentro de Léautaud y de encontrar a Léautaud, repentinamente, acechándole en un rincón de su espíritu.

El ensayo crítico habitual hubiera sido tal vez de esta manera: exposición de la vida de Léautaud (1872-1956), para situarle en el tiempo y el espacio, entre las gentes, y estudio de su obra, para valorarle en su época, destacando los aspectos fundamentales de su personalidad. Armando Uribe Arce quiere que la vida y la obra de Léautaud sean una experiencia propia, al cabo de conocerlas en los libros, y el tema del ensayo no es sino la historia de esta experiencia. En suma, una identificación voluntaria, muy sutil y risueña, convierte a dos autores (Léautaud y Uribe Arce) en uno solo. Con esta aguda invención de un personaje, que se desenvuelve en el ensayo como en el ámbito de una novela, tenemos los lectores el agrado de advertir dos cosas sorprendentes: cómo el ensayo se crea una vida nueva, y cómo un tema biográfico-crítico se apodera de una vitalidad penetrante, de un realismo muy sólido, cuando el ensayista no se deja dominar por las fichas, las lecturas anotadas, y saca de sí mismo—como ilusionista prodigioso—un hombre vivo, presente, actual. Así se nos aparece Léautaud en el libro, tan exacto que le tenemos delante, escuchamos el timbre de su voz, y nos divertimos viendo cómo Armando Uribe Arce le incita a ser un personaje que se desdobra, se enjuicia, participa del buen humor del ensayista, y nos entretiene pensando y gruñendo agudezas, majaderías, verdades permanentes y pasajeras ilusiones.

Armando Uribe Arce es un poeta muy personal, un ensayista que sobresale por sus conocimientos, su comprensión, su sensibilidad, como lo demuestra en dos libros relativamente recientes: "Una experiencia en la poesía: Eugenio Montale" y "Pound". En estas obras analiza el complejo espíritu de dos poetas de muy alta calidad. El italiano y el norteamericano se hallan cabales, precisos, en los libros de Uribe Arce, que no necesita de muchas páginas para exponer con claridad a poetas oscuros, difíciles, originales.

Ahora bien—pensarán algunos—, ¿por qué el autor de

ensayos sobre Montale y Pound se interesa súbitamente por un escritor francés que—a pesar de la nombradía de sus últimos años y póstuma—se desvanecerá, casi sin duda, dentro de no mucho tiempo, para devolverse al olvido en que transcurrió casi toda su vida y que le está aguardando en un rincón de la muerte? Para un escritor de la agilidad mental, de la cultura, de la curiosidad intelectual constante, de la capacidad de creación y de juicio que todos admiramos en Uribe Arce, cualquier tema es un buen pretexto para un ensayo. El "caso" de Léautaud, escritor excéntrico rodeado de papeles que sin cesar garabatea, de sombreros viejos, de perros y de gatos, de bufandas, de sillas desfondadas, de un desdén por todos—que le vuelve rápido y filudo en la ironía—, de recuerdos que sin cansancio va ensartando en sus escritos prolijos, de soledad acostumbrada a su sordo latido; ese "caso" inusitado, que de repente, cuando Léautaud está viejo, cambia y se llena de aspectos inesperados, ha sido una tentación irresistible para Armando Uribe Arce. Siente de improviso el deseo de un juego que le va a ejercitar novedosamente en el arte del ensayo. Descubriendo a un Léautaud desconocido, pero auténtico, al fondo de su mente forjadora de imágenes, va a establecer el antiensayo, cuya fortaleza jocunda le asegura vida lozana. Si un periodista, Robert Mallet, entró en la llamada vejez de Léautaud para llevarlo del brazo ante un micrófono y convertirlo en "estrella" radiofónica, con lo cual se vio famoso, favorito de los snobs, un ensayista como Uribe Arce, poseedor de todas las posibilidades de transfiguración, entra en la muerte del excéntrico viejo y le da vida.

Curioso destino el de Léautaud: su vida fue silenciosa, vulgar, a ratos enconada, y sostenida por un talento de limpio y simple vocabulario, cuya actividad se volcó en libros minuciosos (que algunos adoran sin conocer, y otros leen con agrado porque el autor se halla en continua confesión y se salva condenando a cuanto tiene a su alrededor), su vejez y su muerte—que cumple ya 10 años—fueron un proceso de creación: brota ante los demás un hombre que estaba oculto, y en torno de su estampa sube y baja un rumor de amorosa solicitud. Como en tiempos mitológicos; un dios menudo echa a caminar, acompaña, y hace el milagro de que no se note su ausencia.

Hernán del Solar